

Lula

¿El pos-neoliberalismo llegó?

Cuba, Chile, Nicaragua -¿Brasil?

Cuba, 1959; Chile, 1970; Nicaragua, 1979. Las fechas vienen de inmediato a la mente, principalmente en el exterior, cuando se intenta dar cuenta de la victoria de Lula y de su ascensión, como líder de origen obrero, a la cabeza de un Partido de los Trabajadores. Sin embargo, ninguna de ellas da cuenta del significado de la elección de Lula a la presidencia de Brasil, en 2002, por las enormes distancias que separan este triunfo de las experiencias de Cuba, Chile o Nicaragua.

Las diferencias principales vienen de los períodos históricos diferenciados en que ellas se dan y de las situaciones muy diferentes que vive América Latina. La revolución cubana se daba en plena Guerra Fría, en su período todavía áureo, como una ruptura brusca con las zonas de influencia rigurosamente delimitadas, en un marco aún estrictamente respetado, que había permitido que Estados Unidos hubiese intervenido en Guatemala, cinco años antes, en 1954, sin esbozo alguno de reacción internacional. El triunfo cubano se daba igualmente, a pesar de esto, en un marco de expansión del llamado “campo socialista”: hacía menos de una década y media la Unión Soviética salía fortalecida políticamente de la Segunda Guerra, como una potencia atómica, los países del Este europeo se incorporaban a ese campo y, a apenas diez años después de la entrada de Fidel Castro y sus compañeros en La Habana, triunfaba la revolución en China. El clima de “desestalinización” aparecía como una “renovación democrática” de la Unión Soviética, y como contrapunto -y eventual antídoto- las intervenciones militares en Hungría, Polonia y Alemania Oriental.

En la propia América Latina, a pesar de la “sorpresa” de la irrupción revolucionaria en el Caribe, el clima de efervescencia era creciente desde la revolución boliviana de 1952, los gobiernos progresistas de Guatemala, iniciados en 1944 e interrumpidos por el golpe pro-Estados Unidos de 1954, las agitaciones contra las dictaduras de Trujillo, en la República Dominicana, y de Somoza en Nicaragua. En América del Sur, las caídas de Vargas y de Perón cerraban un ciclo nacionalista; sin embargo, las movilizaciones sociales se ampliaban, especialmente en el caso brasileño, desembocando en el golpe de 1964. La propia lucha armada se desarrollaba antes del triunfo cubano en Colombia y en Nicaragua.

El período histórico de la bipolaridad Estados Unidos-Unión Soviética era al mismo tiempo el de la polarización capitalismo-imperialismo-socialismo para los partidos, movimientos y frentes que luchaban en torno de la cuestión nacional o directamente anticapitalista. La revolución soviética había abierto el horizonte del socialismo y de la revolución como actualidades históricas. La propia revolución cubana, nacida de un movimiento antidictatorial, que rápidamente asumió una postura anti-imperialista, se prolongó en poco tiempo en un régimen anticapitalista, como resultado de las opciones históricas de la época.

Lo mismo se puede decir del período en el que se dio la victoria de Allende en Chile (1973), aunque en un marco diferente para América Latina, envuelta en regímenes de terror después de la derrota de la izquierda. Derrota de la izquierda tradicional, particularmente en el caso del gobierno Goulart en Brasil, apoyado por el Partido Comunista, y derrota de la vía insurreccional, con la muerte de Che Guevara en Bolivia, en 1967, y los reveses en Venezuela, Perú y Guatemala. El gobierno de Allende se vio cercado por la agresiva actuación de la dictadura militar brasileña en pleno apogeo, así como por las articulaciones golpistas que inspiraba y alimentaba en los otros países de la región -Argentina, Uruguay, el propio Chile-, como se revelaría claramente un poco más tarde.

Aún así, el gobierno de Allende podía teóricamente contar con la Unión Soviética y con los países del Este europeo, apoyo que nunca acabó materializándose. China, como subproducto

de la “diplomacia del ping-pong” a la cual adhirió desde 1971, no sólo no apoyó, sino que hasta se opuso al gobierno de Allende, considerándolo una experiencia “pro-soviética” más. Cuba apoyó abiertamente al gobierno chileno, que pudo contar también con las simpatías del gobierno nacionalista militar de Velasco Alvarado y del gobierno mexicano de Luis Echeverría.

Como producto de la época y de la coalición que lo apoyaba, partidos comunista y socialista, el gobierno de Allende se proponía una ruptura con el capitalismo desde la expropiación de los 150 principales monopolios existentes en la economía, lo que configuraría una forma de socialización o de estatificación de los grandes medios de producción.

La victoria sandinista se da todavía en este período histórico, aunque inserta ya en la dinámica de victorias internacionales de los años setenta, que se habían dislocado de América Latina para Asia y África, con el triunfo vietnamita y en el conjunto de Indochina, con la independencia de las ex-colonias portuguesas en África, con la victoria de la revolución iraní e incluso en el Caribe, con el surgimiento de un régimen izquierdista en Granada. Las guerrillas resurgieron en Guatemala y se desarrollaron en El Salvador, revelando un cuadro diferenciado de América Central en relación a América del Sur. La entrada victoriosa de los sandinistas en Managua fue posible también porque las derrotas norteamericanas en el plano externo (Indochina) e interno (movimientos por los derechos civiles, de recusa a la participación en la guerra, la crisis de Watergate) produjeron un hiato, por el reflujo momentáneo de las políticas intervencionistas norteamericanas, de resaca, durante la presidencia de Jimmy Carter.

Desde entonces se dieron en el mundo mudanzas radicales, que no sólo alteraron la correlación de fuerzas dentro del período histórico, sino también el propio período que pasamos a vivir, con efectos directos en América Latina. Sin entrar en la extensión y en la profundidad de los cambios de las dos últimas décadas, basta citar que, con la desaparición del entonces llamado “campo socialista”, desapareció del horizonte histórico el socialismo y la revolución anticapitalista como actualidades históricas -en el sentido en que Lukács había pensado la “actualidad histórica” del socialismo desde 1917, en su libro sobre Lenin⁴⁸.

Bastaría esto para insertar los triunfos de la izquierda en un marco diferenciado de aquél en que, por ejemplo, se insertaba la victoria chilena, que se proponía formar parte del movimiento histórico en desarrollo de construcción mundial del socialismo, o el triunfo sandinista, que pretendía ser parte del movimiento de los países no alineados y del entonces llamado “Tercer Mundo”. Porque el fin del “campo socialista” fue parte del nuevo período histórico, dominado por la hegemonía unipolar de los Estados Unidos y por las políticas neoliberales, con todas las transformaciones que ella introdujo en la economía, en las relaciones sociales, en la política y en la ideología contemporáneas.

Entre los cambios más significativos del nuevo período histórico se pueden contar la casi desaparición de los partidos comunistas, la reconversión neoliberal de la socialdemocracia y de muchos nacionalismos de la periferia capitalista, entre ellos notoriamente el peronismo en la Argentina y el Partido Revolucionario Internacional en México, y el debilitamiento de los movimientos sindicales. A medida que el capitalismo asumía al neoliberalismo como su proyecto hegemónico, la izquierda pasó a definir su campo por la lucha antineoliberal. Los movimientos sociales surgidos en ese período, como el movimiento zapatista, el MST, el propio Foro Social Mundial, así como las nuevas movilizaciones de masa iniciadas en Seattle, definieron como su objetivo la lucha contra el neoliberalismo.

Del antiimperialismo y del anticapitalismo al antineoliberalismo

Es en este horizonte que se da la victoria de Lula en Brasil, en 2002. En un país como Brasil, con todas sus particularidades. Un país caracterizado, a lo largo del siglo XX, por el atraso relativo de su estructura social y de su izquierda en relación a países comparables en el continente, como la Argentina y México. Su economía permaneció predominantemente agrícola, y su estructura social mayoritariamente rural hasta la segunda mitad del siglo XX. No dispone de nada comparable a la urbanización y a los niveles de escolaridad de la Argentina, ni de un movimiento popular como aquél que había protagonizado la revolución mexicana y realizado la reforma agraria en aquel país.

La modernización brasileña se da en América Latina de manera más o menos análoga a aquella vivida por Prusia bajo el régimen bismarckiano. Desatada por Getúlio Vargas como reacción a la crisis de 1929 y sus consecuencias en Brasil, tuvo otros dos ciclos, de forma significativa y coherente con su carácter conservador -tal cual la bismarckiana, en dos regímenes dictatoriales- el de Vargas (1930-1945) y en su retorno como presidente electo, pero con fuerte continuidad con el período anterior -y el de las dictaduras militares, con la ideología de la "seguridad nacional"- entre 1964 y 1985. El otro fue el período presidencial posterior al suicidio de Vargas (1954), dirigido por el "desarrollismo" de Juscelino Kubitschek.

Si el primer período introdujo el sindicalismo legal en el país, lo hizo de forma totalmente vinculada al Estado, de acuerdo al modelo de la Carta del Lavoro de Mussolini, restringiendo su vigencia a los trabajadores urbanos de empresas privadas, generando un foso entre el destino de los trabajadores urbanos y el de los trabajadores rurales, dejando éstos relegados al dominio del latifundio, que políticamente formaba parte del bloque de fuerzas de apoyo a Vargas. La industrialización asumió así un carácter ambiguo: al mismo tiempo en que promovió la mayor inmigración y ascensión social de la historia brasileña, llevando millones de trabajadores del campo para las ciudades, de la informalidad del trabajo rural para el contrato formal del trabajo en la industria, en la construcción civil o en el sector de servicios, transformó la estructura productiva del país en pocas décadas, uniendo Brasil a uno de los grandes fenómenos históricos del siglo XX: la industrialización en países de la periferia del capitalismo.

Al mismo tiempo, sin embargo, al no ser acompañada de la reforma agraria, al dirigir la producción, especialmente en el ciclo de las dictaduras militares, a la esfera de consumo de lujo dentro del país y la exportación, al restringir los derechos de las masas de los trabajadores, la expansión económica reprodujo la peor distribución de renta del mundo. Brasil se transformó en cinco décadas de un país rural en un país urbano, de una economía agrícola en una economía industrial y de servicios. Pasó a ser la mayor economía de América Latina, pero al mismo tiempo generó la sociedad más injusta del continente.

El atraso económico y social se reflejó en el atraso de la formación de las organizaciones sociales y políticas de la izquierda brasileña. La fundación de los partidos comunista y socialista en Brasil datan más o menos de los mismos años que en otros países del continente, bajo el fuerte influjo de la victoria bolchevique. Sin embargo, el cuadro social en que surgen es mucho más rudimentario desde el punto de vista de la constitución de las clases e incluso del sentimiento nacional en Brasil. El país es todavía una economía primario-exportadora del tipo clásico en los años veinte, el pensamiento social crítico da aún sus primeros pasos, la vida académica es muy incipiente en comparación con la de México y con la de la Argentina.

Esto se expresa también en la debilidad de los sindicatos y en la ausencia de formas de organización de los trabajadores en el campo, donde se concentra la gran mayoría de la fuerza de trabajo del país. Para medir el atraso relativo del proceso de constitución de las clases sociales, es necesario recordar que apenas en 1888 -dos décadas antes de la revolución mexicana y tres décadas antes de la reforma universitaria de Córdoba y de la revolución bolchevique- la esclavitud terminó formalmente en el país. Cuando se produjo la reforma universitaria en la Argentina, Brasil estaba fundando su primera universidad. Brasil tendría su primera central sindical apenas en la década de 1980, después de las dictaduras militares de 1960-1970. La primera elección presidencial mínimamente representativa se daría casi en la mitad de siglo XX, en 1945. Sin embargo, la continuidad institucional demoraría poco, hasta 1964. Cuando fue reconquistada, en 1985, Brasil tuvo un presidente civil, José Sarney, elegido de forma indirecta por un Congreso "biónico" (1985-1990), con representantes nombrados por la dictadura militar en su composición, un presidente civil que sería objeto de *impeachment* por corrupción -Fernando Collor de Mello (1990-1992)-, su vicepresidente para cumplir el mandato -Itamar Franco (1992-1994)- y un presidente, Fernando Henrique Cardoso, que, electo, impuso su propia reelección, alterando la Constitución con métodos comprobadamente ilícitos. Como resultado, Brasil tuvo apenas un presidente civil -Juscelino Kubitschek (1955-1960), elegido por el voto directo de la población, que entregó regularmente la presidencia a su sucesor, en este caso, un opositor, el populista de derecha Jânio Quadros, que renunciaría siete meses después de su toma de posesión (1961).

Una vida democrática poco continua se combina -no por casualidad- con un capitalismo que reproduce como ningún otro en el mundo la concentración de renta y de patrimonio, con una burguesía acostumbrada a no correr riesgos electorales. Cuando el proceso político salió de su control -en 1961, con la renuncia del candidato que habían apoyado, y su sucesor de

centroizquierda, João Goulart, asumió- apelaron, tres años después, a la dictadura militar, que duró más de dos décadas. Cuando, en la primera elección directa para presidente de la República en tres décadas, presintieron la posibilidad de victoria de un candidato de izquierda, Lula, esa misma burguesía se entregó en los brazos de un aventurero, Fernando Collor, que acabó siendo depuesto tres años después.

La izquierda brasileña, a su vez, es hija directa del desarrollo desigual y combinado del capitalismo brasileño. Se apoya en el fuerte ciclo de desarrollo industrial llevado a cabo por la dictadura militar, que se aprovechó de la toma de poder todavía durante la vigencia del largo ciclo expansivo del capitalismo internacional, y que al mismo tiempo extendió y renovó la clase trabajadora brasileña. Fue del sindicalismo de base de la industria automovilística, de la periferia de su mayor metrópoli, São Paulo, que nació el eje original del Partido de los Trabajadores y el propio Lula, como el principal líder sindical que desafió a la dictadura militar.

Se apoya también en la no realización de la reforma agraria en el segundo país que más produce granos en el mundo, con una brutal concentración de la propiedad rural y niveles alarmantes de hambre y de miseria. Sustentada además en la explosividad de la cuestión agraria en Brasil, en que la cuestión de la esclavitud se trasladó a la cuestión agraria, la izquierda pasó a contar con el principal movimiento campesino de su historia, el Movimiento de los Sem Terra (MST).

Se apoya en una intelectualidad crítica con gran capacidad creativa, que engendró un pensamiento social en condiciones de plantear las bases para una interpretación alternativa de la historia y de la cultura brasileñas en el cual se destacan, entre otros, Caio Prado Jr., Celso Furtado, Florestan Fernandes, Darci Ribeiro, Antonio Candido, Sergio Buarque de Holanda. Cuenta todavía con técnicos y científicos forjados en la investigación pública, paralelamente al desarrollo industrial y universitario del país.

El derrumbe de la dictadura fue seguido por un período político decisivo en la configuración actual de la historia brasileña, la contradictoria década de 1980. Si ella fue caracterizada como una “década perdida” en términos económicos -cuando en realidad se trata del inicio de décadas de bajo crecimiento y de pérdida del impulso económico de las décadas anteriores, y no apenas de una década excepcionalmente negativa-, tuvo un fuerte movimiento de construcción, por primera vez en la historia brasileña, de una izquierda independiente, con gran fuerza de masas. Se fundaron el Partido de los Trabajadores, la Central Unica de los Trabajadores (CUT), el Movimiento de los Sin Tierra, entre otros. El fuerte empuje antineoliberal de esa década, que incluyó una “Constitución ciudadana”, como la bautizó el presidente de la Asamblea Constituyente, Ulysses Guimarães, destacando su carácter de afirmación de derechos, desembocó en la casi elección de Lula para la presidencia del Brasil en 1989, en un reñido segundo turno contra Collor de Mello, menos de diez años después de la fundación del Partido de los Trabajadores y apenas cuatro años desde el final de la dictadura militar.

La fuerza acumulada en esa década fue suficiente para inviabilizar el gobierno de Collor de Mello, golpeándolo en su flanco más débil -el del patrimonialismo tradicional de las élites políticas brasileñas, en este caso representadas en un joven político procedente de los partidos de la dictadura, del nordeste del país, la región más fuertemente marcada por esos trazos de atraso político. Las denuncias de corrupción acabaron derribando a Collor de Mello, que fue sucedido por la versión brasileña de la conversión neoliberal de la socialdemocracia, representada por Fernando Henrique Cardoso.

Fue el fracaso del neoliberalismo tardío de Cardoso lo que propició el favoritismo de Lula en las elecciones presidenciales de 2002. La izquierda brasileña, expresada en su partido más fuerte y representativo, el Partido de los Trabajadores, había nacido con una propuesta programática general de “socialismo democrático”, sin por eso identificarse con la socialdemocracia y su proyecto de “democratización del capitalismo”, aunque buscando diferenciarse del modelo soviético. Este modelo nunca fue especificado en términos políticos o programáticos, reflejando apenas una voluntad general de ruptura con el capitalismo.

Paulatinamente, el partido, nacido de los movimientos sociales de resistencia a la dictadura y de la denuncia del carácter conservador de la transición a la democracia, fue institucionalizándose, al participar sistemáticamente de las elecciones, elegir bancadas parlamentarias y poco a poco intendentes y hasta incluso gobernadores de estado. El fracaso prematuro del proceso de democratización conservadora proyectó al PT precozmente al centro

de la lucha hegemónica. Su proyecto de radicalización de la nueva democracia a través de la profundización de su contenido social, con lo cual pretendía fortalecer los derechos de los trabajadores y de otros contingentes sociales postergados, incorporó modalidades de gobierno basadas en el presupuesto participativo a partir de la experiencia pionera de Porto Alegre, y de moralidad en la administración pública.

Esta plataforma no fue suficiente para resistir la avalancha representada por la versión brasileña del Consenso de Washington -el Plan Real, plan de estabilización monetaria del gobierno Cardoso- con sus promesas de entrada en la modernidad vía ajuste fiscal. Así, Cardoso resultó electo en el primer turno de las elecciones presidenciales de 1994 y reelegido en 1998 de la misma forma que lo fueron Menem y Fujimori logrando ocultar que su modelo económico se agotaba y Brasil se encontraba a la vera de la quiebra económica, lo que se reveló un mes después de las elecciones, desembocando en la crisis brasileña de enero de 1999 y en un nuevo préstamo del Fondo Monetario Internacional paralelamente a la desvalorización de la moneda brasileña.

El rechazo por más de tres cuartos del electorado, ya en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2002, expuso el fracaso del proyecto de gobierno de Cardoso. Su candidato, el ex ministro de planificación y de salud de su gobierno y viejo correligionario de Cardoso por más de tres décadas, José Serra, consiguió apenas el 23% de los votos. La coalición gubernamental se dividió, más como resultado del fracaso y de la impopularidad del gobierno que por los virulentos métodos de imposición de la candidatura de Serra, aunque tales métodos hayan contado. Serra representaría la reconquista de un proyecto de desarrollo, intentando, al estilo de la fallida “tercera vía” de Fernando de la Rúa, compatibilizar el modelo del Fondo Monetario de ajuste fiscal con el desarrollo económico, anclado en la gran burguesía industrial paulista. Con esto se indispuso con el partido, que representa básicamente la oligarquía agraria del Nordeste, el Partido del Frente Liberal (PFL), que se dividió y se distanció del candidato del gobierno.

Estas condiciones facilitaron el éxito de Lula. Optó por un programa de salida del neoliberalismo fundado en la alianza del capital productivo contra el especulativo. Para eso escogió a un gran empresario industrial, senador por el segundo estado del país en términos económicos, Minas Gerais como candidato a vicepresidente, y un programa de reactivación económica centrado en la caída de la tasa de interés, para incentivar el crédito la inversión y el consumo, generando así una espiral virtuosa en la economía, de clásico estilo keynesiano. Retomando el crecimiento, sería posible contemplar la reactivación del mercado interno de consumo de masas, con distribución de renta, fortalecimiento del nivel de empleo, elevación de la renta de los trabajadores, favorecimiento de las pequeñas y medianas empresas, extensión de la reforma agraria (y con ella de la producción de alimentos para el mercado interno), y reforma tributaria para incentivar la producción y las exportaciones. Tratando de evitar una fuga aún más acentuada de capitales, Lula se comprometió a cumplir los compromisos vigentes y se pronunció a favor del nuevo préstamo del Fondo Monetario Internacional, para aumentar las reservas del país, a pesar de criticar los condicionamientos en relación a los límites del déficit presupuestario.

¿Un pos-neoliberalismo a la brasileña?

En estos términos, ¿qué significa o puede significar la elección de Lula para la presidencia de Brasil?

Se trata de la primera tentativa concreta de ruptura con el neoliberalismo, mismo si el programa de Lula es de una salida gradual de la lógica neoliberal prevaleciente en el país durante más de una década. ¿Qué condiciones tiene Lula, el PT y Brasil para protagonizar el pos-neoliberalismo?

Cuentan, en primer lugar, con una izquierda en los planos social, político, institucional y cultural con fuerza acumulada en las décadas anteriores como ningún otro país del mundo puede contar. Cuentan además con una economía menos debilitada que la de los otros países similares del continente -Argentina y México-, menos desnacionalizada, con mayor capacidad de resistencia, sea en la producción para el mercado interno o en la competitividad externa.

Cuentan también con una crisis de legitimidad del neoliberalismo en el plano internacional y un agotamiento de sus políticas, de lo cual la crisis argentina es la expresión más aguda.

Siguiendo el propio ejemplo del gobierno norteamericano, el modelo de desregulación es adaptado o modificado, los organismos internacionales se declaran condescendientes con la reestructuración de las deudas.

Cuentan con un deseo de modificación ampliamente expresado en la población brasileña y la expectativa de cambio en la opinión pública internacional.

Sin embargo, tienen que enfrentarse a una herencia dramática en los planos económico, financiero y social. El grado de financierización de la economía brasileña representa grados muy graves de compromiso económico inmediato y de restricción de los márgenes de acción del nuevo gobierno. En las condiciones actuales, ningún tipo de ruptura con el FMI es posible de inmediato, obligando a duras renegociaciones de las deudas, especialmente con la banca Morgan y Citibank, principales detentadores de los papeles de las deudas latinoamericanas.

El gobierno Lula enfrenta un primer año muy difícil por la herencia que recibe. No podrá presumiblemente contar por mucho tiempo, con la luna de miel que se instaló en el país después de su victoria. Tendrá que oponerse a las tendencias recesivas mediante el incentivo a la pequeña y mediana empresa, al mercado interno de consumo popular, a la expansión de la producción alimenticia, con el apoyo a la reforma agraria, para poder avanzar en el plano social aún en 2003.

La baja de la tasa de interés, que indica Lula, podría enfrentarse inicialmente con la fuga de capitales y con los déficits de la balanza de pagos, que requieren la continuidad del ingreso de capitales, atraídos por las más altas tasas de intereses reales del mundo mantenidas por el gobierno de Cardoso. Es un juego difícil e inestable en la política cambiaria, entre la manutención de la estabilidad eminentemente recesiva, en los moldes actuales, el desarrollo y la expansión de las políticas sociales preconizadas por Lula.

De cualquier manera, el efecto simbólico de su elección, por sí solo, constituye un marco inigualable en la política brasileña, indicativo de la posibilidad del ingreso del país y, tal vez, de América Latina en una era pos-neoliberal. Por su origen social, por su trayectoria, por las características de su partido y de los movimientos que lo apoyan, la elección de Lula puede ser un marco tan importante como aquellos enunciados en el comienzo de este capítulo, aún con ambiciones de transformación menos ambiciosas que ellos.

Esta importancia se da, en primer lugar, porque todavía vivimos un período histórico muy desfavorable para la izquierda en el continente y en el plano internacional en general. Hay señales de recuperación de movimientos sociales y cívicos de resistencia, hay articulaciones importantes como el Foro Social Mundial, pero el de Lula es el primer gobierno que encarna un programa de salida del neoliberalismo de forma articulada en los planos interno y externo. La política económica de Hugo Chávez, en Venezuela, no puede ser caracterizada como antineoliberal, aunque sus pronunciamientos y posiciones políticas internacionales inequívocamente lo sean. Sería un paso adelante, nuevo, en un cuadro aún muy negativo, y por eso la novedad tiene un destaque mayor, por el contraste con el telón de fondo de la hegemonía casi absoluta del neoliberalismo en las dos décadas pasadas.

En segundo lugar, porque se da en un país con mayor peso internacional que Cuba, Chile o Nicaragua y en un marco en el que la posición internacional de Brasil por ejemplo con relación al ALCA y frente a la crisis argentina tiene un peso considerable.

Tercero, porque el resurgir de movilizaciones internacionales contra el neoliberalismo y su crisis de legitimidad generaron un espacio de liderazgo que puede ser ocupado por Lula, en el caso de lograr desarrollar una política internacional activa, creativa y diversificada, teniendo sus acciones potenciadas por las ausencias de liderazgos de países de cierto peso que se pongan al consenso neoliberal.

Se discute la posibilidad del pos-neoliberalismo hace algún tiempo, se vive la contradicción entre la fuerza de las transformaciones regresivas producidas por él y sus consecuencias sociales negativas, con claros reflejos en una crisis ideológica de legitimidad. Lula tiene la posibilidad de inaugurar el pos-neoliberalismo y una nueva etapa histórica de la izquierda en América Latina y en el plano internacional, superando la crisis de identidad de un país al mismo tiempo idolatrado en la música y en los deportes y demonizado por su crueldad social. Brasil nunca más será el mismo después del gobierno Lula, tal la dimensión de su victoria para el país. La cara con que Brasil saldrá de la presidencia de un migrante nordestino, obrero de la

construcción, líder sindical y dirigente izquierdista, es el mayor test para la izquierda en las últimas décadas, el primer gran desafío del nuevo siglo.

Notas

48 Georg Lukács, O pensamento de Lenin, cit.